

ROCELIO FERNANDEZ GÜELL

972.082
F363r2
C.R.

VOLUCION MEXICANA

EPISODIOS



EDITORIAL COSTA RICA

ROGELIO FERNANDEZ GÜELL

LA REVOLUCION MEXICANA
EPISODIOS



EDITORIAL COSTA RICA
SAN JOSE, 1973



W. H. W.

Pedro Fernández Vial



[Faint, illegible cursive handwriting]

PROLOGO

Este libro es doblemente interesante: por su autor, hombre inquieto y valeroso, cuya vida segó la dictadura de los hermanos Tinoco, y por el tema, la compleja y frustrada Revolución Mexicana, en la que nuestro compatriota estuvo presente, en cuanto a los hechos iniciales.

Fernández Güell nació en San José en 1868. Vivió en España, donde se publicó su libro Plus Ultra (1917), con prólogo de don Jacinto Benavente. También radicó en México, donde editó Psiquis sin Velo (1912), dedicada a Francisco I. Madero. Contiene esta obra un prólogo y cuatro libros, cuyo subtítulo Tratado de Filosofía Esotérica da una idea de su orientación. Probablemente la afinidad de sus creencias y de su pensamiento con el caudillo civil de la Revolución Mexicana propició la más firme amistad entre ambos.

Siguiendo la tendencia espiritista publicó en Costa Rica La Clave del Génesis (Filosofía Arcana), que es una interpretación esotérica del primer libro de la Biblia. También publicó una conferencia sobre Verdaguer y su Obra, lo mismo que el presente ensayo Episodios de la Revolución Mexicana, en abril de 1915.¹

En México fue periodista activo: dirigió el periódico El Amigo del Pueblo, "órgano del Club Libertador Francisco I. Madero", del cual era, además, secretario. En aquel país también ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

Cuando ocurrió la traición de Victoriano Huerta, Fernández Güell regresó a Costa Rica, lleno de fe republicana y dispuesto a luchar por la dignidad y la libertad del hombre. El gobierno que siguió a Madero mandó a destruir, antes que viera la luz pública, un tomo de poesías que había titulado Los Andes y Otros Poemas.

Ya en Costa Rica, Fernández Güell fundó y dirigió El Imparcial y participó activamente en la lucha política: fue elegido diputado al Congreso, donde se distinguió por su oposición a los usurpadores, los Tinocos.

Caballerescamente mantuvo su actitud frente a la dictadura y hubo de huir de la capital hacia el Sur. En un punto cercano a Buenos Aires, donde hoy se levanta un modesto y abandonado monumento, fue vilmente asesinado, junto con varios compañeros, por un piquete tinoquista, que encabezaba un hombre cruel e ignorante, instrumento ciego de la tiranía.

El cobarde asesinato se conoció en sus detalles por la actitud valiente de un maestro de la escuela de Buenos Aires, cuya vida acabaría luego en La Cruz, cerca de nuestra frontera Norte: Marcelino García Flamenco. Este noble salvadoreño hizo de secretario de Patrocinio Araya, el jefe de los asesinos, para obtener la mayor información posible. Se había propuesto denunciar el crimen y aceptó el nombramiento que decidió el matón, después de rechazar, enojado, la intervención del alcalde del lugar.

El joven García Flamenco, que antes de ser maestro en Buenos Aires había renunciado a una plaza similar en la ciudad de Puntarenas, porque se sintió avergonzado por tomar unas copas de más, dejó también las aulas de la nueva escuela, puesto que no podía continuar sirviendo a un gobierno que llegaba hasta el asesinato de sus enemigos políticos.

El maestro salvadoreño se va a pie, rumbo a Panamá y llega a David ocho días después, tras recorrer caminos desconocidos, con treinta y cinco libras de carga a sus espaldas.

En la publicación de García Flamenco² se lee, entre otras cosas, lo siguiente:

"Soy salvadoreño y he vivido tres años en Costa Rica dedicado a la educación popular. En febrero último vine a Buenos Aires del cantón de Osa a servir la escuela de la localidad, y habiendo guardado prudente neutralidad en el país en asuntos políticos hasta el 15 de marzo último, este día me declaro, en mi calidad de hombre honrado, enemigo franco del gobierno de los señores Tinocos, que autorizan el asesinato de don Rogelio Fernández Güell,

Carlos Sancho, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera, Salvador Jiménez y Joaquín Porras.

Llanamente y sin encono, pero con ansia de justicia, quiero exponer por la prensa mi protesta, que sintetizo en la siguiente declaración, que exprofesamente vengo a dar a Panamá, ya que en los actuales momentos no hay quién me la reciba en Costa Rica."

Luego relata la cacería humana que realizan "cincuenta gobiernistas bien enterados de lo que era el enemigo y ávidos de matar, pues esta era la orden, según decía la chusma de ignorantes".

Después de dejar a sus alumnos en lugar seguro, el maestro se encamina al lugar del crimen, donde puede palpar las consecuencias del tiroteo que había interrumpido sus lecciones aquella límpida mañana:

"Llegado al Bajo descubrí a un grupo de los asesinos y cómplices, que conduciendo ileso al indio Aureliano Gutiérrez, baqueano hasta El General de los vencidos en aquel momento, vivaban al gobierno, al general Araya y a alguien más, haciendo a la vez comentarios en alta voz. (...) Cien metros atrás venía el herido Salvador Jiménez, conducido por brazos culpables. Más allá yacía mortalmente herido, a la derecha del camino Joaquín Porras, a quien el padre Federico Mauback acababa de confesar, lo mismo que a Jiménez. A diez metros en línea oblicua, hacia el occidente y medio oculto entre el monte, encontré el cadáver de don Rogelio, que presentaba una herida lateral en la rodilla izquierda, dos agujeros de bala en el cuello y dos en el cráneo, la barba y el bigote rasurados y vestido con ropa exterior sencilla, una camisa con pechera de rayas delgadas de azul y blanco, botas de ciudad a dos colores e indumentaria interior toda fina y marcada delicadamente con las dos primeras iniciales de su nombre. Quisimos adquirir para la familia alguna prenda de recuerdo del extinto y sólo encontramos en el bolsillo un lapicito amarillo. Ya había sido despojado de todo lo valioso, como todos sus compañeros, que tenían algunos bolsillos vueltos al revés."

El jefe tinoquista dictó a García Flamenco una carta que refleja muy bien su catadura y la condición de los tiranos:

"Señor Ministro de la Guerra. - San José.

Mi muy estimado General:

Hoy viernes 15 marzo a las ocho de la mañana tuve la grata satisfacción de cumplir sus órdenes al pie de la letra. Rogelio Fernández Güell ya no vive y lo siguieron a la tumba Joaquín Porras, el matador del coronel Quesada, Ricardo Rivera, el baqueano, Jeremías Garbanzo y Carlos Sancho. Tengo herido a Salvador Jiménez y preso y sano a Aureliano Gutiérrez, baqueano que condujo a los primeros hasta El General. Puede decir al amigo . . .^s que cuente con el crespo que me encargó de Rogelio. Estoy ansioso de dar a Ud. cuenta minuciosa de mi feliz comisión, en la cual no sufrió lo menos ninguno de los míos. Mi querido General: mis muchachos están muy maltratados para regresar por el Cerro de la Muerte y espero de su bondad que me ponga cuanto antes una gasolina en El Pozo.

Siempre su fiel amigo,

(Fdo.) Patrocinio Araya."

Finaliza la declaración el maestro salvadoreño con estas emocionadas palabras:

"Mi predicación no acabó aquel día de vergüenza para Costa Rica. El sábado 16, cuando regresaba de Boca de Limón el Jefe Político don Blas González, en compañía del coronel Juan Rafael Guier y todavía estaban en la plaza el grupo de asesinos, yo enseñaba a mis niños la palabra ASESINATO, que aún les era desconocida; anatematizaba la obediencia ciega y acababa de leerles un artículo de don Rogelio contra la pena de muerte, que yo guardo en un libro de recortes. Invité a todos para poner cruces y flores en las tumbas de las víctimas el día del novenario y cerré mi escuela en señal de duelo."

Así terminó la vida aquel noble rebelde, cuya lucha contra la injusticia y la iniquidad había iniciado casi desde su adolescencia. Las causas del pueblo siempre fueron sus empresas, primero desde las páginas de El Derecho, El Tiempo, El Día, El Republicano y El Imparcial en Costa Rica y en El Amigo del Pueblo y La Epoca, de México. Don Rogelio Sotela, publicó El Testamento Literario del Poeta, en el que se refleja claramente el semillero de ideas que ardían en aquel espíritu inquieto y generoso. No resisto el deseo de transcribirlo parcialmente:

"Dejo impresas, con numerosas erratas (literarias, científicas y de imprenta):

Psiquis sin Velo; Luz et Umbra; Episodios de la Revolución Mejicana; La Clave del Génesis y Plus Ultra.

Los Andes y Otros Poemas fue impreso en la Imprenta del Museo Nacional de Méjico. No se llegó a tirar el último pliego. El nuevo Ministro de Instrucción Pública (de Huerta), ordenó que fuese destruida la edición. Y lo fue.

En Barcelona intenté también que se publicase una selección de mis poesías. El tomo de prueba que se me envió a Baltimore, contenía tantas erratas, que no autoricé su publicación. Un ejemplar (único) queda en poder de mi señora. De él pocas poesías vale la pena de conservar; quizás la Introducción, Canción de Amor, el poemita pastoril Clarián y Filena, Un delirio de Espronceda, El Idilio, La Serenata, y algún soneto.

Mis poesías filosóficas de por sí pueden quizás constituir un volumen. Están desparramadas en periódicos y revistas espiritistas. (. . .)

En Méjico se me quedó inconclusa (por cierto cuando iba a entrar en la parte más interesante) una obra titulada: La Magia y el Espiritismo en las obras de William Shakespeare. ¡Lástima, el Hamlet me ofrecía un material abundante e inmejorable para el desarrollo del tema. Se publicó hasta la página 40 en el folleto de Helios. (. . .)

En Méjico perdí a causa de la revolución felixista y la traición de Huerta, un pequeño poema de tres cantos:

María y algunas otras composiciones. El poemita en referencia, como Apocalipsis, (que nunca pasó del segundo canto), fue un ensayo juvenil y adolece de grandes defectos; pero contenía algunas bellezas. También perdí una biblioteca selecta con documentos y libros de inestimable valor.

Entre mis proyectos literarios estaba escribir una novela histórica, titulada Morazán, sobre un episodio de la vida de este capitán en Costa Rica (. . .)

En resumen: he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena . . . ¿Quién sabe? Puede que de vivir cien años, tampoco hubiera realizado nada digno de memoria. A lo menos, réstame el consuelo de que ningún Homero ni Lucano fenece, y ese mismo consuelo debe quedarle a las generaciones. Lo siento por los tipógrafos e impresores, a quienes hubiera dado algún trabajo."

Episodios de la Revolución Mexicana se basa en una documentación histórica, pero su lectura tiene la suave fluidez de una novela. El libro se inicia con la célebre entrevista del norteamericano Mr. Creelman, representante de un periódico de New York, con el viejo dictador Porfirio Díaz. Es notable la objetividad del autor al referirse al anciano militar, cuyo gobierno combate con vehemencia.

Señala luego el surgimiento de Madero en la vida pública, con su obra La sucesión Presidencial y relata la tesonera lucha de aquel David, un poco ingenuo al parecer, frente al temible Goliat.

El capítulo III es una bella crónica de las fiestas del Centenario, organizadas por la corte porfiriana para celebrar un siglo de independencia.

La muerte heroica de los hermanos Serdán se refiere en el siguiente capítulo.

Luego se continúa con la relación de los primeros encuentros sangrientos. En el capítulo IV se relata, entre otras cosas, el encuentro del autor con Madero, quien profesaba su mismo credo filosófico.

Después se narra la caída del dictador y su fuga. El triunfo de la Revolución aparece luego en las páginas del libro, un poco empañado por las divergencias personales, especialmente entre el Presidente Madero y el caudillo del Sur, Emiliano Zapata. Surge entonces la figura inconfundible de Villa, por un lado, y las turbias maquinaciones de Orozco y Huerta.

Es probable que el hecho de ser testigo apasionado hiciera difícil al autor juzgar friamente a los personajes históricos de aquella época turbulenta. Pero enjuicia con singular objetividad la actitud del caudillo de la Revolución frente a sus enemigos, cuya astucia y ruindad no tenía límites.

La obra finaliza con el relato de los hechos que culminaron con el crimen de que fueron víctimas el Presidente Madero y el Vicepresidente, Pino Suárez y un epílogo que señala el triunfo de Carranza sobre los traidores. Las últimas líneas refieren el homenaje de los vencedores al héroe y mártir de la Revolución.

Como anejo se ha incluido en esta edición el ensayo El Moderno Juárez, publicado primeramente en El Amigo del Pueblo y que es una conmovida exaltación de Madero.⁵

Debo hacer constar aquí mi agradecimiento al Lic. Enrique Obregón, quien me dio la primera noticia sobre Fernández Güell como historiador de la Revolución Mexicana; a mi generoso amigo, el gran dibujante, grabador y caricaturista Alberto Beltrán por su valiosa colaboración para editar este libro y al Prof. D. Rafael Obregón Loría, cuya cooperación fue de valor inestimable.

Alberto Beltrán ha querido participar en la presente publicación con dos magníficos dibujos de Madero y de Fernández Güell, que aquí se incluyen.

Creo que con la presentación de esta obra se muestra una faceta poco conocida del hombre superior que fue Fernández Güell y se dan a la luz pública también muchos aspectos, generalmente ignorados, sobre la historia de la gran nación mexicana.

Víctor Manuel Arroyo

San José, Costa Rica,
octubre de 1972.

NOTAS :

- 1 *Bonilla, Abelardo*: Historia de la Literatura Costarricense, segunda edición, Editorial Costa Rica, San José, 1967.
- 2 *García Flamenco, Marcelino*: Para la Historia de Costa Rica. El asesinato político del ex director del Imparcial y diputado al Congreso don Rogelio Fernández Güell y sus valientes compañeros ejecutados por la tiranía de los tinocos. "Star and Herald". David, Panamá, abril de 1918.
- 3 *En el texto original hay un nombre propio en este lugar.*
- 4 *Sotela, Rogelio*: Escritores y Poetas de Costa Rica. Imprenta Lehmann, 1923, p. 422.
- 5 *Fernández Güell, Rogelio*: El Moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de D. Francisco I. Madero. Tip. Artística, México.

EPILOGO

Ni el error ni el crimen logran triunfar definitivamente en los pueblos. Aún apoyados en millares de bayonetas y en montones de oro, su reinado es efímero. Sólo la virtud es eterna, Pisístrato, Tiberio, Calígula y Nerón, pasaron como lívidos espectros por la Historia. En cambio Sócrates, y Jesús perduran.

Algunas veces, los pueblos, al ver triunfante la maldad, se engañan, y creen que su reinado será definitivo. Pero el pensador no se engaña, pues sabe que, detrás de Nerón está Galba; detrás de Hiparco, Harmodio, y detrás de Marat, Carlotta Corday. Así cayeron Rosas, García Moreno y otros sombríos tiranos de América.

Ante el furor de los pueblos, las bayonetas se rompen como si fueran de vidrio, y los cañones se funden como si fueran de plomo. El incendio todo lo devora; la tempestad todo lo engulle.

El éxito es, pues, momentáneo. Luego, viene el tremendo desquite de la Justicia, y Nerón tiñe con su sangre los jardines de su liberto, Cómodo perece en una letrina, Heliogábalo se da de cabezadas contra un pavimento de piedras preciosas, y Marat muere en un baño de sangre.

El crimen engendra siempre una reacción. Así el genio de Shakespeare lo representa en *Macbeth*. Este general, victorioso, mimado del destino, honrado por su rey, asesina a su bienhechor en su propia cámara, y con las manos tintas de sangre, se ciñe la corona. En vano asesina a Banquo, a lady Macduff, a sus hijos y a sus mismos sirvientes; en vano levanta un gran ejército, y revestido de hierro y de temerario valor, sale a batir a sus enemigos; la sombra de Banquo se yergue ante él amenazadora, y la espada de Macduff busca su corazón.



Muerto el Presidente Madero, desgarrada la Constitución, triunfante el crimen y desconocidos los más rudimentarios principios de humanidad, la situación de México, en vez de mejorar, empeoró. Sin embargo, la Prensa, venal y medrosa, declaró que la paz era ya un hecho. "Una onda de paz invade toda la República" —decía jubilosamente *El País*.

"¡Ahora —exclamaba otro diario— ya no más odios, ya no más rencores: a abrir el surco, a regar la simiente, a trabajar!"

¡Insensatos! ¡Creían que el exterminio de un hombre significaba la ruina de una idea, y que en presencia de tantos crímenes, el pueblo mexicano, amedrentado, estrujaría su propio corazón, como antaño, para colmar de sangre y lágrimas las copas del placer en el festín de sus verdugos!

Los asesinatos se sucedieron, como en la época del "terror blanco" en Francia. El General Figueroa fue fusilado en Guerrero; don Abraham González murió destrozado por un carro de ferrocarril que sus verdugos hicieron rodar sobre su cabeza; Tapia fue asesinado en Coyoacán, y Camerino Mendoza pereció en Orizaba, combatiendo heroicamente contra los hombres de la Llave, que le habían prendido fuego a su casa.

Después de estos crímenes y de otros igualmente repugnantes, Huerta pudo exclamar, como el célebre general ruso: "¡La paz reina en Varsovia!"

La sociedad mexicana, horrorizada, se inclina ante el endiosado machetón; los científicos le lamen las botas y el clericalismo besa el polvo que levantan sus pies.

Pero en el Norte se forma una ligera nubecilla. Huerta sonríe con desdén; mas los que conocen las grandes tempestades de la Historia, tiemblan. Es la borrasca que se aproxima. Luego se escucha un trueno lejano. Es el cañón que habla, el pueblo que ruge; la justicia que recoge su armadura.

Don Venustiano Carranza no transige, y despliega en Saltillo la bandera de la legalidad. "¡Constitución o muerte!" grita, y "¡Constitución o muerte!" repiten las montañas de Coahuila, Durango, Chihuahua, Sonora y Tamaulipas.

El prócer está en pie. En torno de él, los miembros de la Legislatura de Coahuila. ¡Cuadro sublime! Carranza lee el telegrama en que Huerta le dice que, por disposición del Sena-

do, ha asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el señor Presidente de la República y su Gabinete. Los diputados se levantan de sus asientos, y gritan: "¡Viva la Constitución!", y por unanimidad, votan este memorable decreto:

"Autorízase al C. Gobernador para asumir el mando civil y militar del Estado, y para hacer la guerra, hasta que se restablezca el imperio de la Constitución.

"Económico: Comuníquese este decreto al Congreso de la Unión y a las Legislaturas de los Estados."

Huerta, impaciente, telegrafía: "Diga si reconoce o no a mi gobierno". Carranza contesta sin vacilar: "Senado no tiene derecho de deponer ni de nombrar Presidentes. Protesto contra usurpación".

Los periodistas de la Asociación de la Prensa, envían este mensaje: "En nombre de la Patria, lo conjuramos a que no se lance a la revuelta". Carranza contesta: "En nombre de la Patria, los invito a seguirme".

El Ministro de Gobernación le pregunta en qué condiciones acepta la paz, y Carranza responde: "Que el General Huerta deje la Presidencia al licenciado Pedro Lascuráin, a quien legítimamente le corresponde, y que Díaz salga del país en el primer vapor que zarpe de Veracruz".

Huerta, entonces, ordena a Trucy Aubert, General en Jefe de la división del Nazas, que avance sobre Saltillo con todas sus fuerzas y con la columna de Argumedo.

Carranza se despide el 3 de marzo de la Legislatura, y sale de Saltillo al frente de trescientos hombres, llevándose los archivos y el dinero que pudo recoger en la Tesorería del Estado.

Con estos trescientos hombres, Carranza principió la lucha contra el usurpador, que contaba con más de sesenta mil bayonetas, un espléndido tren de artillería y parque y dinero en abundancia.

El 4 de marzo, Trucy Aubert ocupó Saltillo, y pocos días después, derrotaba en el Anhele a la pequeña fuerza constitucionalista. Pero Carranza no se amilana y con un centenar de hombres se interna en la sierra, donde continúa la lucha, en tanto que su hermano Jesús se apodera de Piedras Negras.

Sucédense pequeños combates en Lampazos y Nuevo Laredo, y la revolución parece sofocada.

Huerta vuelve los ojos a Sonora, donde las milicias del Estado, al mando de los jefes Obregón y Cabral, asaltan y se apoderan de las poblaciones fronterizas. El gobernador interino, Pesqueira, declara su adhesión a la causa "constitucionalista", y suscribe el plan de Guadalupe. Huerta envía refuerzos a Guaymas, y prepara una expedición en toda regla a Sonora.

Orozco, Caraveo, Campa, Cheché y Rojas, son reconocidos como brigadieres de la federación. Huerta, después de haber desgarrado la Constitución, prostituye ahora el Ejército.

Un asesinato horrible conmueve a la sociedad mexicana. El ingeniero Enrique Zepeda, gobernador del Distrito Federal, después de un espléndido banquete en el restaurant Sylvain, borracho de vino y de odio, sube a un automóvil con varios jóvenes aristócratas, vestidos como él de frac y sombrero de pelo, se dirige a la Penitenciaría, se hace abrir la celda donde estaba encerrado Gabriel Hernández, el célebre vencedor de Pachuca, que aún no contaba veinticuatro años, lo insulta e intenta golpearle y lo conduce, en medio de un pelotón de soldados, al patio del establecimiento, donde ordena su ejecución. Luego, dando traspiés y renegando como un condenado, con sus manos cargadas de anillos y hechas para la suavidad del guante y el contacto de la seda en las orgías, toma una botella de petróleo, rocía el cadáver de su víctima con el líquido inflamable, y le prende fuego, no restando del valeroso jefe, al cabo de rato, más que un montón informe de carne quemada y huesos a medio incinerar.

¡Este crimen espantoso, que llenó de horror a los mismos antimaderistas, quedó impune!

Félix Díaz, considerando ya la paz asegurada (!), le pide a Huerta que convoque a elecciones presidenciales. Huerta lo abraza cariñosamente, lo llama otra vez su "querido hermano" y "querido discípulo", y brinda a su salud en un banquete; pero le manifiesta que aún no es prudente lanzar la convocatoria. Díaz se impacienta, e insiste. Huerta, después de pulsar la situación, consulta a la Cámara, y ésta, que prefiere el interinato de Huerta a la dictadura vitalicia de Díaz, aplaza las elecciones.

Félix Díaz, de la Barra y los "científicos", que habían creído fácil dominar aquel soldadote vulgar y hacerlo instru-

mento de sus ambiciones, se encuentran con un carácter de hierro, con un espíritu dominador e implacable, que los trata como a simples polichinelas.

En la imposibilidad de derrocar a Madero, dijeronse: "Hagamos Presidente a don Victoriano, que tiene las armas y que matará sin piedad a nuestros enemigos, y luego, lo haremos a un lado, y gobernaremos a nuestro antojo".

Tarde comprendió Díaz su error. El poder de Huerta se hacía cada vez más fuerte, en tanto que su facción se debilitaba, sin que bastara a darle vida la presencia del General Mondragón en el Ministerio de la Guerra. Al fin tuvo que venir el inevitable choque. De la Barra, Mondragón y los demás Ministros felicistas renunciaron, y Díaz, temeroso de que los sicarios de Huerta lo asesinaran, huyó a Veracruz. Furioso el déspota, ordenó su captura, y el "héroe de la Ciudadela", para escapar de los esbirros, emprende la fuga por las azoteas y se refugia en el Consulado Americano, de donde salió más tarde, para embarcarse con destino a La Habana, amparado por la bandera de las barras y de las estrellas.

Así terminó, de manera inesperada y ridícula, la odisea de este trágico personaje, especie de Falstaff asustadizo y pendenciero, empujado por la ambición, a aventuras tamañas, y cohibido por el miedo para llevarlas a término. De la misma manera se entregó sin combatir al General Beltrán en Veracruz, y sólo fue "héroe" el día en que Mondragón lo puso en libertad y se encerró con él en la Ciudadela.

De la Barra, más "práctico", como buen cortesano, aceptó la embajada especial al Japón, y se embarcó para el país de los crisantemos, donde fue espléndidamente recibido.

La situación política parecía despejada, y el General Huerta, *para satisfacer la opinión pública*, formó nuevo Gabinete. El licenciado José López Portillo y Rojas, ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores; el doctor Aureliano Urrutia, el de Gobernación; de la Lama, el de Hacienda; García Naranjo, el de Instrucción Pública; Lozano el de Fomento, y Blanquet el de Guerra.

La situación militar, en cambio, había empeorado.

Zapata, de quien se decía que estaba en negociaciones para rendirse, fusiló al viejo Pascual Orozco, que fue a proponerle

la paz en nombre del Gobierno, y avanzó con su hordas hasta Cuernavaca. En Guerrero, Gertrudis Sánchez, con su cuerpo de rurales, se adhirió al movimiento de Carranza, y otro tanto hizo en Campeche el gobernador Brito. En Empalme, las tropas de la guarnición de Guaymas fueron detenidas en su avance por las milicias sonorenses. Don Venustiano Carranza amagaba Saltillo. La región lagunera era, como antaño, teatro de sangrientos combates. Lucio Blanco, Pánfilo Natera, los hermanos Arrieta, Contreras, Urbina y Pereyra, acosaban sin descanso a las tropas federales. Francisco Villa invadió Chihuahua al frente de un puñado de hombres. La Plaza de Durango, cayó en poder de los revolucionarios, y el 18 de julio de 1913, un ejército constitucionalista, fuerte en cinco mil quinientos hombres, derrotó en Avilés al General Munguía. La plaza de Torreón, que había sido admirablemente fortificada por el General Bravo, resistió durante diez días, del 22 al 31 de julio, el empuje de más de ocho mil revolucionarios, y cayó al fin, el 1 de octubre, en poder de Francisco Villa, quien dejó en ella y en Gómez Palacio y Lerdo pequeñas guarniciones, y se remontó al norte para proseguir la campaña de Chihuahua.

El usurpador, forma una nueva columna, vaciando las cárceles y decretando levas forzadas, y la pone a las órdenes del General Refugio Velasco.

Esta columna, que se concluyó de formar en Saltillo, se precipita con la violencia de un alud sobre Torreón, y recupera la plaza.

Villa, en tanto, ocupa Ciudad Juárez, obliga a Mercado a desalojar la ciudad de Chihuahua, y arroja a los restos del ejército federal y a los rojos de Pascual Orozco al otro lado de la frontera, después de un encarnizado combate en Ojina-ga, donde fueron vencidos siete generales.

El vencedor regresa a Chihuahua, y hace su entrada triunfal en la capital del Estado. Algunas personas, al contemplar este triunfo, recordaban que, no hacía muchos años, Villa había entrado en la ciudad con las manos atadas a la espalda como un facineroso vulgar, en medio de un piquete de rurales... Cerraban los ojos, y volvían a abrirlos, y de nuevo veían a Villa, grande y poderoso, en medio de un brillante

Estado Mayor, y hollando con su corcel de batalla la alfombra de rosas y claveles de la victoria.

En la capital reinaba el terror. El doctor Urrutia, aplicado a la cirugía política, hundía la lanceta en el gran cuerpo social y cercenaba los miembros que él creía gangrenados con la misma tranquilidad con que practicaba una operación en su sanatorio de Coyoacán.

¿Qué aberración o qué instinto selvático latente en su cerebro de hombre de ciencia, impulsó a este médico sabio y rico a cometer delitos tan horrendos como aquellos de que ha sido acusado? El corazón humano es un misterio y bajo la austeridad de un ilustre profesor puede agitarse un mundo de sentimientos monstruosos, como bajo la azul serenidad de las aguas se mueven espantables cetáceos y repugnantes cefalópodos.

"Urrutia —dijo más tarde Moheno en La Habana— inició el funesto régimen de la desaparición de personas."

Los esbirros, al mando de Gabriel Huerta y del fatídico Chaves, aprehendían a los infelices que les indicaba Urrutia, los conducían en automóvil al cementerio de Xoco o a las afueras de Tlalpan, y allí los fusilaban a medianoche. Así desaparecieron, entre otras muchas personas, los diputados Rendón, Pastelín, Monroy y Gurrión, y el valeroso cuanto desdichado poeta nicaragüense Solón Argüello, a quien lloran las letras castellanas.

Al día siguiente del asesinato de Serapio Rendón, el ex-Ministro de Justicia, Rodolfo Reyes, se encontró en el Palacio Nacional al doctor Urrutia, y le dijo: "Usted ha mandado matar a Rendón, y ha hecho desaparecer su cadáver. Es usted peor que las hienas; las hienas dejan los huesos, y usted ni los huesos deja!"

El doctor Belisario Domínguez, se irguió un día en el Senado, y exclamó con la elocuencia y el heroísmo de Lanjuinais, cuando a las puertas de la Convención Henriot apuntaba una pieza de artillería demandando la prisión de los veintidós girondinos:

"¡Hora es ya de que digamos a la Nación mexicana, al mundo entero que nos contempla en este momento solemne de nuestra historia, quién fue el asesino del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez! Yo bien sé que a las puertas de esta Cámara me esperan los sicarios para hundirme sus

pañales; pero yo tengo en más los dictados de mi conciencia que mi propia vida! Señores: Acuso al General Victoriano Huerta de los delitos de asesinato y usurpación!"

Al oír estas tremendas palabras, silencio de muerte reinó en la Cámara, que no rasgó un aplauso para aplaudir ni una exclamación para desaprobar.

Al terminar la sesión, el senador Domínguez se envolvió en su sobretodo, y salió... Nadie volvió a saber de él. Posiblemente fue asesinado en las afueras de Tlalpan.

Ante estos actos de noble sacrificio, el Congreso salió de su actitud tímida y expectante, y se enfrentó al usurpador con entereza. Entonces Huerta disolvió la Cámara y encerró en la Penitenciaría a más de cien diputados renovadores. Allí, estos ilustres girondinos esperaban la muerte día por día y hora por hora y entretenían con frecuencia sus ocios forzados jugando a los toros en uno de los patios y recitando poesías y discursos dignos de Chénier y de Vergniaud.

Huerta convocó a "elecciones" de diputados y senadores, y Querido Moheno, como otro compadre Manipodio, dirigió la farsa. Superfluo nos parece añadir que salieron electos todos los candidatos de la papeleta gobiernista.

Las milicias sonorenses, en tanto, estrechaban el cerco de Guaymas, sobre cuya rada evolucionaba un aeroplano rebelde, señalando las posiciones federales.

Dueño ya de todo el Estado de Chihuahua, Villa avanzó sobre Torreón como una tromba. Matamoros, Viesca, Mapimí, Bermejillo, Sacramento y Tlahualilo, cayeron en su poder; Gómez Palacios y Lerdo, cañoneadas por Felipe Angeles, quedaron reducidas a un montón de humeantes escombros, y el 2 de abril, aniversario de la victoria del General Díaz sobre los franceses, onduló en las fortificaciones de Torreón la bandera de la legalidad.

El ejército constitucionalista compró muy cara la victoria, y el General Refugio Velasco, que logró romper el cerco, mereció el homenaje de sus mismos enemigos.

Villa, cubierto de polvo y de sudor, y con una *mascada*¹ roja en el cuello, en el último ataque se lanzó entre las filas

¹ Pañuelo grande de seda.

de combatientes, jurando, maldiciendo e invocando a todos los santos. Arrancaba los rifles de manos de los soldados, y les enseñaba el mecanismo del arma, y cuando algunos retrocedían ante el certero fuego de los federales, los increpaba, recordándoles al mártir Madero y al bandido Huerta.

“¡Viva Madero! ¡Viva Villa! ¡Viva la Constitución!” —gritaban los más tímidos, envalentonados por el valor de su jefe.

En las primeras filas, peleó Raúl Madero, en cuya valiente mano flameaba la espada del ángel de las venganzas.

La toma de Torreón fue un golpe de muerte para la dictadura de Huerta, quien en vano trató de disimular la derrota.

Pablo González, en tanto, estrechaba el cerco de Tampico, que defendía con bravura el General Zaragoza. En lo más encarnizado del ataque, se inflamaron los pozos de petróleo, y las lenguas de fuego corrieron por la superficie del río Pánuco, iluminando con siniestros reflejos a los combatientes.

Fue entonces que se suscitó el famoso incidente de Tampico, que provocó a la postre la intervención de los Estados Unidos.

A raíz del asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, entró a regir los destinos del pueblo americano Mr. Woodrow Wilson, candidato del partido demócrata.

Wilson no reconoció a Huerta, y convencido de la complicidad del Embajador de los Estados Unidos en México, lo retiró del servicio, y envió en cambio, como agente confidencial ante el Gobierno del usurpador, a Mr. Nelson O'Shaughnessy.

Huerta trató, por cuantos medios le sugirió la diplomacia, de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos; mas cuando se convenció de que eran vanos sus esfuerzos, volvió los ojos al Japón, y aún pidió instructores militares a este país, los que, a su arribo a la capital, fueron aclamados por las multitudes.

Inglaterra, que acababa de sufrir un desaire de los Estados Unidos con el reconocimiento de la República China, se apresuró a su vez a reconocer al gobierno del General Huerta, y le prestó todo género de facilidades para la negociación de un empréstito de cien millones de pesos.

Huerta, aconsejado por políticos hábiles y poco escrupulosos, provocó una controversia con la Casa Blanca, sobre el tema del reconocimiento, en la que brilló la artera diplomacia de su Ministro de Relaciones Exteriores.

Entonces, Huerta se presenta como defensor de la dignidad y de la autonomía de la Nación. "El gobierno americano —grita al pueblo— quiere que yo me separe de la Presidencia! Los Estados Unidos están fomentando la revuelta. Carranza paga a sus tropas con el oro de la Casa Blanca. En los combates de Torreón se recogieron muchos cadáveres de soldados americanos, que peleaban en las filas de los rebeldes..."

El pueblo de la capital, impresionable y voluble, que lo mismo aclama a Madero que victorea a Huerta, tributa al tirano una manifestación grandiosa. Huerta contempla, desde el balcón central de Palacio el desfile popular, y sonrío satisfecho.

Pero Wilson, que comprende a Huerta, se vuelve de espalda con indiferencia, sin dejar de mirarlo al soslayo.

"El maestro de escuela, el dómine de la Casa Blanca —dicen los periódicos huertistas— principia a comprender que no es lo mismo regir una Universidad que gobernar una Nación."

Los rebeldes atacan a Tampico, y Wilson, para proteger las vidas e intereses americanos, amenazados por los contendientes, envía a este puerto al Almirante Mayo con varias divisiones de la escuadra del Atlántico.

El 9 de abril, unos marineros del "Dolphin", que vestían uniforme, llegaron en una lancha hasta un almacén situado cerca del puente "Iturbide", para adquirir gasolina, según dijeron después. El Coronel Hinojosa, encargado de la defensa de este puente contra los revolucionarios, mandó llevar entre filas a los marineros a su presencia, y los detuvo prisioneros. El Cónsul de los Estados Unidos puso este hecho en conocimiento del General Morelos Zaragoza, quien ordenó que los marineros fueran puestos en libertad, y que, en cambio, el Coronel Hinojosa guardara arresto en el cuartel de Artillería.

El Almirante Mayo, por medio de un ayudante, dirigió esa misma tarde al General Jefe de las armas una nota con cinco peticiones que constituía prácticamente un ultimatum, así: satisfacción por una comisión de miembros del Estado Mayor;

que la bandera de los Estados Unidos de América se ize en un lugar público y elevado; que se disparen 21 cañonazos de saludo; y que se castigue severamente al Coronel Hinojosa, para todo lo cual se fijaba un término de 24 horas.

El General Morelos Zaragoza comunicó por telégrafo al General Huerta la demanda del Almirante Mayo, y reunido el Gabinete, acordó responder que el Gobierno no tendría inconveniente en saludar la bandera americana en la forma indicada, siempre que los barcos de guerra de los Estados Unidos saludaran simultáneamente, con igual número de cañonazos, a la bandera mexicana.

Esta contestación no satisfizo al gobierno de la Casa Blanca, que insistió en que la bandera americana fuese saludada primero, prometiendo que la de México sería saludada luego por los buques del Almirante Mayo.² El General Huerta accedió; mas para que constara solemnemente el arreglo estipulado, propuso al Encargado de Negocios de los Estados Unidos que se firmara el protocolo respectivo. El Presidente Wilson, entonces, dio instrucciones a Mr. O'Shaughnessy, en

2 "El giro que se dio al incidente de Tampico, durante mi ausencia, pues por tres días (10 de abril próximo pasado) me encontraba en Chapala, no fue de mi aprobación, en virtud de que creí prudente que fuese saludada la bandera americana, confiando en el expreso compromiso del Almirante Mayo, ratificado por Bryan en mensajes dirigidos al Encargado de negocios de los Estados Unidos, de que se cumpliría por parte de dicho Almirante la oferta de saludar nuestra bandera después de saludar la de las barras y las estrellas. Preví desde entonces que, de no accederse, sería invadido nuestro territorio por el extranjero, y así lo expresé al ex-Presidente Huerta, *quien jamás admitió esa posibilidad.*

"La insistencia en sostener mis convicciones, que tendía a evitar la humillación que actualmente sufre nuestra República, fue molesta y desagradable a dicho señor, quien más de una vez tuvo para mí respuestas terminantes y duras. Entonces debí haberme separado del puesto que desempeñaba; pero no lo hice, porque juzgué de mi deber prestar mis pequeños servicios a la Patria y no ceder a los arrebatos de mi amor propio, en circunstancias tan críticas. Después de repetidas instancias, logré obtener del ex-Presidente lo que deseaba; pero bajo la condición de firmarse para ello un protocolo. Como el señor O'Shaughnessy fue buen amigo de México y estaba interesado en que no se rompieran las hostilidades entre este país y los Estados Unidos llegó a ofrecermé suscribir dicho documento lo que me hizo abrigar confianza de que el incidente fuese resuelto de manera amistosa. Por desgracia, el Encargado de Negocios de la República vecina no tuvo ánimo para cumplir lo ofrecido, y habiendo remitido por cable a Washington el texto íntegro del proyecto por mí redactado, recibió de su Gobierno una respuesta negativa, la cual, sabida por el General Huerta, indujo a éste a adoptar la determinación de no acceder en forma alguna a la reclamación del Almirante Mayo." (Declaraciones del Lic. J. López Portillo y Rojas, Ministro de Relaciones Exteriores de Huerta, a un redactor de *El Sol*).

sentido de que se rehusase a firmar dicho protocolo, "porque ello constituiría el reconocimiento del Gobierno de facto del General Huerta".

En vista de la actitud de los Estados Unidos, Huerta se negó a acceder en absoluto a las pretensiones del Almirante Mayo, y el 21 de abril la flota americana del Almirante Fletcher se presentó ante Veracruz.

En ese momento llegaba el "Ipiranga" con un armamento para el gobierno de Huerta. Fletcher se apoderó de dicho armamento, y dispuso que cinco mil marineros ocuparan la plaza.

El General mexicano Gustavo Maass, que mandaba la guarnición de Veracruz, no opuso ninguna resistencia y se retiró con sus fuerzas a Soledad. El pueblo, en cambio, al ver desembarcar a los marinos, ardiendo en ira patriótica, emprendió la lucha. De las torres de la Iglesia y de las azoteas y ventanas de las casas, partía una granizada de balas. Los alumnos de la Escuela Naval, repitiendo la hazaña de los niños héroes de Chapultepec, se opusieron al avance de los invasores, los que tuvieron que retroceder hacia los malecones.

El Almirante Fletcher dispuso entonces que los cañones de grueso calibre de la escuadra bombardearan la Escuela Naval, y sólo después de que ésta quedó en ruinas, la desalojaron los intrépidos alumnos, que se reunieron a las fuerzas del General Maass. Nuevamente avanzaron los marinos hacia el centro de la ciudad, y no fue sino hasta el segundo día que tras reñido combate, lograron apoderarse del Zócalo y de la Iglesia. En la ocupación de Veracruz perecieron catorce marinos y fueron heridos un centenar. Por parte del pueblo, hubo más de cincuenta muertos.

La noticia de la toma de Veracruz llegó inmediatamente a la capital, provocando un desbordamiento popular. La bandera de las barras y las estrellas fue arrastrada por las calles, y la hermosa estatua de Washington, que la colonia americana regaló a México en la época del Centenario, fue arrancada de su base, y en su lugar el populacho colocó un busto del libertador Hidalgo. Todos los establecimientos americanos fueron apedreados, y doquiera se escuchaban voces clamando guerra.

Una enorme manifestación desfiló por las calles principales, y al encuadrarse la figura del General Huerta en el balcón central de Palacio, estalló una tempestad de aplausos.

El viejo divisionario sonreía satisfecho. Había logrado su antipatriótico objeto; México y los Estados Unidos estaban en guerra; los rebeldes su sumarían a las fuerzas leales, y su gobierno se consolidaría.

Inmediatamente ordenó a su Ministro en Washington que regresara a México, y le entregó sus papeles al Encargado de Negocios O'Shaughnessy, quien salió de la capital el 28 de de abril, acompañado por el Jefe del Estado Mayor Presidencial.

Comisiones salieron para entrevistar a Zapata y a otros jefes rebeldes, e invitarles, en nombre de la suprema necesidad de salvar a la Nación, a unirse a las fuerzas del Gobierno para combatir al enemigo común.

Para facilitar esta gestión, Huerta lanzó un decreto de general amnistía, y prometió reconocer los grados de los jefes revolucionarios que con sus fuerzas contribuyeran a arrojar al invasor de México.

El General Joaquín Maass, jefe de la división del Bravo, dirigió una comunicación a Francisco Villa, informándolo de la invasión americana, e invitándolo a cooperar a la defensa nacional.

Villa contestó al General Maass, manifestándole que estaba al tanto de las "maquinaciones diabólicas" del huertismo; que sabía positivamente que los "científicos" habían procurado atraer sobre México la intervención de los Estados Unidos para salvar al Gobierno de Huerta de su irremediable caída, y que, si la guerra contra aquella nación estallaba, los constitucionalistas lucharían "contra los poderosos extranjeros y los depravados compatriotas".

Carranza, por medio de su agente diplomático, pidió explicaciones a la Casa Blanca de este incidente, y como se le informara que los Estados Unidos no tenían el propósito de avanzar, ordenó que se reanudaran las hostilidades contra las tropas huertistas en toda la República.

En tanto, la República Argentina, Chile y Brasil, intervinieron para evitar la guerra entre México y los Estados Unidos. El Gobierno de Washington, aceptó esta amistosa intervención, y con asistencia de los delegados mexicanos Rabasa, Rodrí-

guez, y Elguero, se inauguraron las conferencias de paz en Niagara Falls. A estas conferencias fue invitado también Carranza; pero sus delegados únicamente asistieron, sin tomar parte en los debates.

La intervención del A. B. C., aunque platónica, marcó el principio de una nueva política en el continente, pues tendía a sustituir el imperialismo rooseveliano por el panamericanismo de Naón y da Gama.

La plaza de Zacatecas, atacada primero por Pánfilo Natera, y luego por las fuerzas combinadas de Villa y de aquel jefe, cayó en poder de los constitucionalistas, después de formidable combate. Alvaro Obregón, con el ejército de occidente, se apodera de Guadalajara, Pablo González, con el ejército de Oriente, se aproxima a San Luis de Potosí, y Villa, con la división del centro, se dirige a Aguascalientes. Aquella dictadura ominosa, que usó como medio de represión el asesinato; que derrochó el oro del pueblo en orgías de hetairas; que amenazó a la banca y al comercio para que suscribieran empréstitos; que permitió y reglamentó el juego en la capital y en los Estados; que militarizó todos los órdenes de la vida civil, uniformando hasta los empleados de los Ministerios; que prostituyó al Ejército, envileció a la Nación; elevó el crimen a la categoría de virtud; premió a Cárdenas, el asesino del Presidente Madero, con el generalato, y convirtió a México en un inmenso cementerio, se derrumbó al fin con estrépito espantoso.

Se esperaba que Huerta se defendería hasta el último instante en la capital y que perecería en Palacio con Blanquet y sus cómplices. Algunos temían que cumpliera su promesa de incendiar a México y perecer entre sus ruinas. Pero no; los tiranos no saben morir como héroes; no tienen ese supremo convencimiento en la bondad de una causa o en la belleza de un ideal, que engendra mártires como Hidalgo y Madero; huyen, como Nerón, envueltos en las sombras de la noche, y mueren, como Cómodo, en una letrina.

Huyeron primero los Ministros Lozano, Querido Moheno y otros muchos huertistas prominentes. Luego, Huerta entregó el mando al licenciado Francisco Carbajal, y se dirigió a Puerto México, acompañado de su familia y de los Generales Blanquet y Hernández y los restos del 29º batallón. Allí se

embarcó para Europa a bordo de un vapor alemán, que se cubrió de ignominia al dar asilo a semejante monstruo.

El Presidente interino Carbajal, durante el breve lapso que estuvo en el Poder, trató de reconciliar a la Revolución con el Ejército; pero Carranza rechazó todo arreglo que no tuviera como base la rendición incondicional.

En vista de la resistencia del señor Carbajal, Alvaro Obregón ocupó Irapuato y avanzó sobre México.

Carbajal, entonces, dejó la ciudad bajo la autoridad del General Velasco y se dirigió a Veracruz, donde se embarcó para los Estados Unidos.

Velasco y Obregón firmaron un convenio, mediante el cual se declaraba disuelto el ejército federal y se entregaba al constitucionalista la ciudad de México con los archivos de la Federación y los almacenes de guerra. Acto seguido, las fuerzas federales, desarmadas, abandonaron sus cuarteles, y Alvaro Obregón tomó posesión de la capital en nombre del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza.

El 20 de agosto de 1914 o sea año y medio después del horrendo asesinato, la gallarda división de occidente desfiló ante la tumba de don Francisco I. Madero, que desaparecía bajo una montaña de flores, y los Generales Obregón y Cabral ofrendaron a la memoria del héroe la preciosa corona que, al iniciarse la revolución de febrero, le prometieron los heroicos soldados de Sonora.

El 18 de setiembre, la división del noreste desfiló a su vez ante la tumba del mártir, que parecía presidir, en aquella hora solemne, el destino de la República. Don Venustiano Carranza, acompañado de la familia Serdán, encabezaba la manifestación. El noble prócer se aproximó a la tumba, y depositó sobre ella un ramo de flores. El sol, que refulgía en la punta de las bayonetas y de las espadas, al iluminar el rostro venerable del caudillo hizo brillar en sus ojos una lágrima... lágrima de bronce, la primera que vertía aquel espíritu indomable, vaciado en el molde de la inmortalidad.

Aquella fue la mejor ofrenda que se tributó a la memoria de Francisco I. Madero.

San José de Costa Rica, 10 de abril de 1915.



Episodios de la Revolución Mexicana es una obra apasionante, escrita con exaltación viril por un testigo presencial de la gran epopeya del pueblo mexicano. Amigo incondicional de Don Francisco I. Madero, el escritor costarricense Rogelio Fernández Güell participa en su gestión administrativa, y vive a su lado los días cruciales de la Revolución Mexicana y la encrucijada histórica en que Don Francisco se convierte en símbolo del destino de su pueblo.

A pesar del rigor científico con que relata y enjuicia los hechos que le tocó vivir, un aliento de emoción contenida recorre las páginas en que Fernández Güell grabó para siempre perfiles y acontecimientos trascendentales en la historia de México. Por esto su obra, a caballo entre la historia y la epopeya, cabalgará a través del tiempo con su mensaje permanentemente actual como actual será siempre la lucha del hombre y de los pueblos por su libertad.

Francisco I. Madero y Rogelio Fernández Güell, dos vidas consagradas por entero a defender los derechos del hombre, dos trágicos destinos.

"Allí, donde termina el caserío y la vista domina la llanura en cuyo fondo se destaca la masa imponente de la Penitenciaría, tuvo lugar, a las 11 p.m., el horrendo asesinato, cuyos detalles quedaron envueltos en la oscuridad de la noche".

Así relata Fernández Güell el asesinato de Madero, sin sospechar siquiera que tres años después de finalizar su obra sobre la Revolución Mexicana, en Costa Rica, lejos de la tierra azteca que tanto amó, sería inmolado por los mismos ideales que defendió su entrañable amigo mexicano.



EDITORIAL COSTA RICA